

La educación en el laberinto hipermoderno: conclusiones desde un país en aporía



Por Felipe Quiroz Arriagada*

Introducción

El modelo de sociedad instalado desde la dictadura militar pareciera resistir a cualquier viento social que pretenda sacudirlo; en efecto, todo intento de tormenta termina por

fortalecerlo. Pero, ¿por qué ocurre esto? Lejos de explicaciones mágicas y, en su defecto, auto-flagelantes, este fenómeno de persistencia de la liviandad hipermoderna, cuya manifestación económica es el neoliberalismo, responde a cálculo, planificación e inversión; a un trabajo de siembra

* Magíster en Psicología Educacional de la Universidad Mayor.

Magíster en Educación, mención Currículum e Innovaciones Pedagógicas de la Universidad Católica Silva Henríquez (UCSH).
Profesor de Filosofía. Licenciado en Educación, de la UCSH.





cuya cosecha es un perfil específico de ciudadano que, ante la llegada de alguna coyuntura social terminaría por escoger, siempre, una renovación del modelo, o sea, un fortalecimiento del mismo, en vez de derrocarlo. Lo señalado, que pareciera de un pesimismo incorregible, resulta de una realidad abismal en el Chile actual, pospandemia y, sobre todo, pos lo que se creyó un Estallido Social auténtico, el que se demuestra a pocos años como evento paradójico, extraño y, en efecto, casi inexplicable dadas las actuales circunstancias. Y es que, visto de manera explícita, el fenómeno terminó en la antítesis de lo que prometía, pasando de ser la oportunidad para un cambio de una sociedad de consumo hacia una de derechos a ser la confirmación irrefutable del modelo instalado por la ultra derecha en el último cuarto del siglo pasado y que ahora tiene la oportunidad de perpetuar la ultra derecha de esta primera mitad del siglo XXI, ya que de ser rechazada la actual propuesta de la nueva convención queda la constitución neoliberal de Pinochet, y de ser aprobada, queda la de sus actuales defensores. O sea, el neoliberalismo y la ultra derecha no tienen como perder la partida. Da la impresión de que estamos ante un jaque mate. Pero todo laberinto tiene una salida (de lo contrario no sería laberinto), así como todo triunfo esconde un ocaso.

La inversión: el futuro perfil ciudadano

La historia es conocida: la dictadura, en su último respiro, se encierra para redactar una ley mediante la cual amarrar algo para una posteridad calculada; un perfil ciudadano fomentado a fondo desde el engranaje educativo. La estrategia es contradictoria con lo medular del discurso neoliberal, ya que, mediante ideología dura, se defiende la libertad de enseñanza contra un adoctrinamiento ideológico imaginario. Lo contradictorio de ello es, evidentemente, que el único adoctrinamiento es el generado por esta tentativa. El producto es conocido, la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza, LOCE. Como efecto de su espíritu termina por ocurrir un evento aberrante para una democracia: la absolutamente insuficiente formación ciudadana y cívica en la educación obligatoria. Este hecho, inaceptable por donde se mire, se perpetua por décadas. El fin de la LOCE y nacimiento de la LGE, logrado mediante los movimientos de estudiantes secundarios en 2006, fueron incapaces, no obstante, de transformar este escenario en lo profundo. A ello han contribuido, por cierto, todos los proyectos políticos instalados desde ese evento fundamental hasta la fecha; todos ellos han colaborado a consolidar un maquillaje que termina por profundizar





los efectos de un modelo creado para generar de forma precisa este resultado. Finalmente, cuando hay tanto dinero y poder en juego respecto de una decisión que a todas luces el régimen consideró como fundamental, ¿alguien en verdad podía interpretar como accesorio, espontáneo e inofensivo dejar a los futuros ciudadanos y ciudadanas del país sin las herramientas mínimas para ser agentes activos y responsables de la convivencia democrática? De los cambios profundos que se debieran haber realizado en la posdictadura este era el primero, porque era el principal: de ello dependía el futuro y la posibilidad misma de superar la herencia del neoliberalismo en la sociedad chilena. Sin embargo, no se tocó en lo fundamental. ¿El resultado? El fruto de una inversión: una secuencia de manifestaciones que terminan en un estallido sin raíz, que por su falta de sustento ideológico concluye generando las condiciones ideales para el fortalecimiento del modelo. Y es que es imposible negar, a estas alturas, que lo que faltó desde un comienzo fue profundidad teórica, proyecto social, o sea, formación política. Por cierto, nada tiene que ver esto con la formación

partidista, corroída hasta sus cimientos en la política chilena actual. Con formación política se hace referencia a la responsabilidad ciudadana en la conformación de la sociedad, lo que conlleva, innegablemente, levantar proyectos políticos y no esperar a votar cada cierto tiempo por la oferta de turno que entreguen los partidos instalados desde hace décadas en el statu quo nacional. De hecho, esa comodidad ciudadana es reflejo inalienable de como la educación del modelo hace efecto en las personalidades de quienes se formaron, consciente o inconscientemente, en él. Generaciones completas, desde los años 80s del siglo pasado hasta hoy, siendo educadas para odiar el compromiso social, y para amar a la sociedad de consumo, hoy se muestran volátiles, pero no necesariamente incómodas con el actual estado de la cuestión. A las puertas de una reivindicación de un modelo de vida que superpone la superficialidad del consumo ante cualquier otro compromiso con los otros, ¿quién podría haber esperado algo distinto? En realidad, la situación era evidente. La inversión funcionó, porque no tenía como no funcionar.



El estudiante/cliente de la academia/empresa

Por cierto, este no es solo un problema local ni del nivel escolar. En el mundo, convención de Bolonia mediante, desde hace más de veinte años, se instala el modelo por competencias para las instituciones de educación superior, el que, de acuerdo a su narrativa, pone en el centro del proceso formativo al estudiante. Esto tuvo como premisa fundamental la necesidad de una educación más inclusiva y comprensiva con el tiempo de vida de los y las estudiantes de las sociedades industrializadas. Si bien esto es comprensible, esconde políticas y mecanismos orientados hacia efectos no tan inocentes: la transformación de la universidad en empresa y del estudiante en cliente, lo que verdaderamente justifica el discurso de poner su interés en el centro del modelo formativo, ya que es la demanda que le da sentido a la oferta del capitalismo académico. La resistencia a tal proyecto nació de inmediato en diversos círculos intelectuales. Sin embargo, el modelo se logra imponer en el mundo entero, salvo notables excepciones, ya que permite, para las instituciones así como para los Estados, tener control y precisión de los datos personales en los que se convierte el paso por la universidad de millones de estudiantes en el mundo. Tal y como lo identificara Foucault cuando reflexionaba respecto de la instalación del tipo de sociedades disciplinarias propias del proyecto moderno, de la misma forma la academia responde casi de manera automática, sin verdadera resistencia de peso, a la tentación de transformarse en industria de fundamentación para la industria en vez de ser lugar de cultivo del conocimiento y de articulación de principios para la sociedad humana.

No resulta en modo alguno extraño que el perfil de estudiante actual exija de este tipo de instituciones un servicio a gusto del consumidor. La academia actual responde ante ello, de la mejor manera que puede, que sus esfuerzos se encaminan a que el estudiante logre un perfil de egreso, lo que señala con el atractivo nombre de *promesa formativa*, comprometiéndose a que esto es lo que se *ofrece* al estudiante. Sin embargo, esta

oferta, como suele ocurrir en cualquier dinámica del capital, responde a una demanda y, por ello entonces, la primera se ajusta a la segunda. Esto es exacto lo que significa que el foco de los modelos formativos se centre en el o la estudiante, o sea, que la oferta se adapta a la demanda. Pero ¿acaso la educación y la formación profesional no se trata de todo lo contrario?, ¿no consiste en que un ser humano se debe adaptar a las necesidades que exige el dominio de una disciplina para, con ello, aportar a la sociedad no desde lo que al deseo individual se le ocurre sino a las condiciones que la realidad social y natural determina? Así como es imposible el sueño neoliberal de una sociedad entera a gusto de cada consumidor, ¿no es igual de imposible una universidad a gusto de lo que exija cada estudiante de ella? Por último, ¿cómo puede adaptarse el conocimiento necesario para el dominio de una disciplina, una ciencia, un arte o una filosofía, a lo que quiera quien aún no conoce esos dominios?, ¿no es el sueño académico la antítesis de lo que el presente hipermoderno nos ofrece como camino de conocimiento? Bueno, instalado desde comienzo del milenio este modelo de comprender la universidad y, por tanto, al conocimiento humano de vanguardia, tal implementación ya ha generado frutos, o sea, perfiles de estudiantes, primero, y, actualmente, de profesionales. ¿Qué compromiso auténtico pudieran tener para con las necesidades sociales propias del siglo XXI quienes se han formado de esta forma? O, en otras palabras, ¿cómo se aporta al mundo desde una educación que fomenta una visión solipsista de la realidad, tal y como lo hace un perfil de red social, que solo te devuelve tus propios deseos, gustos y requerimientos? Los resultados están a la vista en diferentes partes del mundo, con elecciones de candidatos que gracias a la manipulación de los nuevos medios de comunicaciones masivos logran llegar al poder, o en manifestaciones masivas que se organizan a la velocidad del rayo, pero cuya perdurabilidad resulta aún más fugaz, sin ninguna raíz en la realidad, y que terminan flotando como hojas secas que naufragan en el viento de una época sin arraigo.



Los elementos estructurales del laberinto

Para Foucault, la existencia de una sociedad disciplinaria, inspirada en la aplicación de las lógicas del panóptico en todas las esferas de la vida moderna, ponía en inevitable tensión y, en efecto, impotencia, a la promesa más fundamental del proyecto político moderno, el que descansaba en la idea de Soberanía Popular y de Estado de Derecho. En efecto, si subterránea, subliminal, inconsciente y silenciosamente la hipervigilancia funciona desde y entre los mismos ciudadanos, poco importa que estos se crean libres. Y es que si los mecanismos más refinados y penetrantes de una política de la omnipotencia virtual se orientan hacia la instalación cultural de necesidades de consumo constantes y, por tanto, desechables, frágiles y eternamente reemplazables, los individuos comienzan a correr en círculos en busca de la satisfacción de más deseos y de mayor placer, por necesidad, los de este tipo, de carácter momentáneo y, por tanto, generadores de mayor vacío y posterior necesidad de satisfacción, hasta el infinito. Así funciona el mecanismo de las sociedades de consumo; ello explica que lo verdaderamente perdurable en ellas sea la crisis de identidad, la sensación de sin sentido, los índices de ansiedad, estrés y depresión siempre ascendentes, etcétera. Por cierto, también los de satisfacción ante los servicios de la industria, ya que ambos asuntos van de la mano; vacío y universo de productos, falta de identidad y múltiples perfiles en redes sociales, angustia y desenfrenado deseo por aprehender la fascinación de un presente en intenso vértigo. Y es que el imaginario de un mundo para la satisfacción del deseo es un laberinto infinito, ya que alimenta lo más primitivo de la herida narcisista: al más tierno y feroz deseo de ser el centro del universo. Contra ese universo, plenamente a disposición, ante un Eros enteramente disponible y constantemente renovado, siempre novedoso, siempre atractivo, ¿quién se revelaría? Para cuando la obstinada psiquis en búsqueda de sentido lo

hace, existe también oferta de productos que nos pueden retornar a la funcionalidad de la producción y el consumo y, de esta manera, continuar entregando energía al dínamo con el cual giran los engranajes del laberinto, de nuestra cada vez más intensa virtualidad vital, mental y existencial.

Conclusiones

Finalmente, es la libertad la que en realidad es arrinconada en esta aporía. Ya que el fruto del adoctrinamiento, vía todos los recursos de la publicidad y la propaganda unidos en la política de difusión masiva de nuestros tiempos, se instala no en el ámbito de nuestro intelecto, sino como respuesta a nuestros deseos y requerimientos inconscientes; como sustituto de aquello que requerimos de esta vida, siempre delicada y frágil. Entonces, ¿cómo decidir algo distinto a lo que deseamos? Bueno, la respuesta que ha otorgado la problematización contemporánea o, equivocadamente autodefinida como filosofía posmoderna, es abrazar al vacío en el que termina toda aventura absurda que corre de un deseo desechable a otro. O sea, adoptar esa resignación vital que se llama nihilismo. Sin lugar a dudas, este no puede ser el camino a seguir para trascender el laberinto. Se requiere, ante la instalación de los deseos superfluos, ir más a fondo, para generar raíces más profundas. Para ello solo el proyecto vital puede encaminarnos hacia resultados distintos a los vistos, y a frutos diferentes para una sociedad futura que sea dueña de sí misma. Tal vez debamos, para dejar de avanzar en círculos, profundizar en los fundamentos educativos de un proyecto de país auténtico, lo que requiere tiempo de maduración, paciencia y estudio, y desde ahí levantarnos por encima de nuestro actual estado, para lograr mirar con perspectiva un horizonte más inspirador, que sobreviva y trascienda a nuestro histórico y abrumador *peso de la noche*, detrás del cual tendrá que iluminar, algún día, la luz de la aurora. 🔥

